



Trabajos literarios realizados en el

Taller literario de la Embajada Argentina en Francia
dirigido por **ALICIA DUJOVNE ORTIZ**

LOS EGIDIOS
por **ALFREDO BENIALGO**



Los Egidios

-¡Egidio!

-Estoy acá, abuelo.

-¿Adónde?

-Acá, abuelo, al lado suyo.

-¡Dejate de joder, querés!

-No jodo abuelo, estoy sentado.

El viejo se confundía de Egidio.

-¿Y los demás?

-En el pasillo, abuelo, como usted pidió.

Se moría el viejo y había gritado que salieran todos de la pieza menos yo, el tercer Egidio contándolo a él.

-Ahora sí. Traeme el fusil.

Saqué del ropero el Springfield y lo apoyé en el borde de la cama cerca de su mano derecha.

-Aquí lo tiene, abuelo.

-Ahora sí les voy a contar.

El abuelo hablaba en plural. Me miraba a mí y luego a la ventana por donde debía andar el segundo Egidio. Del pasillo vino el renegar de mi mamá.

-¡Viejo loco!

Mi papá, el segundo Egidio, murió cuando yo tenía cuatro años. Lo pisó un tren. Mi mamá dice que fue por culpa del abuelo.

-Tu pobre padre tenía que hacer mil horas extras para mantenernos a todos y de cansado tropezó y cayó a la vía.

Ella al abuelo le echa la culpa de todo. No lo quiere nada.

El viejo a veces se arrinconaba sentado en una silla durante horas. Miraba el vacío con las manos apoyadas en el mango del bastón. De a ratos se quedaba dormido con la boca muy abierta. A mi mamá la volvía loca verlo así.

-¡Viejo de mierda. Un día de estos le voy a colgar un paraguas en la mandíbula!

La abuela lo defendía.

-No seas mala, Herminita, el pobre tiene muchos muertos. Los ve. Habla con ellos.

Mi mamá se iba dando un portazo.

Los delirios del abuelo a veces daban vergüenza.

Una tarde salió a buscarme a la vereda.

-Egidito, vení, acompañame a lo del Pascual.

-¿A qué?

En el camino me contó. En una mano llevaba el bastón y me apoyaba la otra en el hombro.

-Me parece que la Rosita y yo anduvimos cogiendo allá abajo.

Señaló con el bastón la cuesta y el monte perdiéndose a lo lejos. La Rosita era la nieta del Pascual, tenía 16 años y estaba embarazada de cinco meses.

-Usted no puede bajar la cuesta con esa pierna, abuelo.



-Sí, pude, sí. A la siesta me estuve acordando.

El abuelo tenía 96 años y a gatas caminaba.

-¿No lo habrá soñado, abuelo?.

Llamamos a la puerta. Nos atendió la madre de la Rosita.

-¿Y el Pascual?.

-No está; anda trabajando afuera.

-¿Y cuándo viene?.

-En un mes, si no llueve.

-¡Qué barbaridad!.

-¿Por qué, qué barbaridad?.

-Porque voy a tener mucho tiempo adentro lo que le quiero decir.

-Un mes no es tanto, don Egidio.

-Depende.

-¿De qué?.

-De lo que uno tenga que decir.

-¿Y qué puede ser tan difícil de guardar?.

-Un perdón.

-¿Un perdón?.

-Sí, un perdón.

-Y pídamelo a mí que se lo mando el lunes con la yerba.

-No sé si deba.

-Da lo mismo, el que lo daña al Pascual me daña a mí.

-Bueno, ahí va: le pido perdón por haberme cogido a la Rosita.

La mujer me miró. Yo le dije en voz baja que para mí el abuelo había soñado eso a la siesta. Me acarició el pelo y le dijo al abuelo que no había problema, que ella le iba a contar al Pascual.

Cuando se enteró, mi mamá estuvo a punto de cachetearlo al viejo. Corrió llorando a disculparse a lo del Pascual.

Mi abuelo vino del Paraguay en 1940. En el 32 había peleado en la Guerra del Chaco.

Contaba cosas.

-En la guerra los recuerdos brotaban a la noche como mosquitos y hacía que algunos se largaran a la oscuridad. Si no los mataba el monte regresaban a la trinchera enloquecidos de sed a que los fusilaran por desertores. La sed era peor que los bolivianos. El agua de los pozos era mala. Entraba marrón y quieta por la boca y salía colorada y rápida por el culo. Los compadres se morían doblados en el barro de su propia inmundicia.

Mi coronel Morinigo me lo había advertido:

-No vayas a tomar de esa porquería, Egidio. No hay agua buena en el Chaco. Tomá de a tragos chicos la ración y esperá la cisternita que se hace desear pero está al caer. Aguantá. No hagas como estos infelices que van a terminar tomándose la meada. Vos sos fuerte.

-Sí, mi coronel.

A Morinigo lo desmigajó un cañonazo en el sitio de Fortín Jordán, pero a mi abuelo no lo dejaron venir hasta que terminó la guerra en el 35.

La abuela tenía malos recuerdos de entonces:

-El pobre ya no era el mismo. Volvió con sus muertos dándole vueltas y ese fusil de mierda cargado al hombro.

Cuando le dieron la baja al abuelo lo dejaron llevarse el Springfield porque ya no servía más. Una





esquirla de granada le había arruinado el mecanismo del cargador y no hubo forma de repararlo.

El abuelo contaba. Siempre en plural. A mí y al otro Egidio, mi padre.

-El Coronel Morinigo fue mi patrón en la hacienda Pyrandí. Me llevaba a cazar. Él volteaba tapires con la escopeta. A mí me daba un aire comprimido para que no me aburriera. Yo le tiraba a las torcazas. Me quería el Coronel. Él hizo que me dieran el Springfield en lugar del Mauser español que usaba la tropa.

-Vos usá este, Egidio. No agarres esta porquería.
Me señalaba un Mauser español.

Al Mauser español le decían “el mataparaguayos”. Era un arma de muy mala calidad, vieja y mal cuidada. Muchas veces reventaba al apretar el gatillo y hería al tirador.

Mi Coronel Morinigo hizo que me dieran el Springfield porque sabía que yo lo iba a cuidar. Me lo dio con la lata de aceite, el cepillo y la franela de cuero de tapir. Equipo completo. Me dijo:

-Querele como a una hembra, Egidio, y te va a salvar. A vos sólo te lo confío.
-Sí, mi Coronel.

El abuelo me daba el Springfield para jugar. Pero yo no lo quería. Le decía que era muy pesado para mis brazos flacos. Él se daba cuenta de que era mentira y se enojaba. Pensaba que era porque mi mamá metía la pua. Pero no, no era por eso. Era porque a veces el Springfield se ponía a vibrar como cuando uno le pega a un caño de fierro y después apoya la mano encima. Me daba miedo.

El abuelo nos contaba la historia que venía contando desde siempre. Yo y el otro Egidio lo escuchábamos:

En Aliguará tuvimos una disparada grande. Yo me perdí en medio del cañoneo y fui a caer en uno de esos hoyos que abrían los obuses. Ahí me acurruqué. Cuando dejé de oír el griterío y los tiros quise salir. Pero yo no pude. Lo primero que saqué del pozo fue la mano izquierda. Miren.

El abuelo mostraba el recuerdo que le había grabado el balazo del Mauser: dos dedos menos.

-Los bolivianos usaban el Mauser alemán, no la mierda “mataparaguayos” que nos habían vendido los gallegos. Mis compadres se habían retirado a un monte que estaba cerca, a cien metros tal vez, no más. Entre el monte y yo había un campo desnudo, quemado por la metralla. Los gritos de mis compadres salían de entre el follaje:

-¡No te muevas de ahí, Egidio. Aguantá hasta la noche que te vamos a sacar!
Pero a la noche nada pasó. Ni al otro día, ni al otro. Y de mis compadres, nada. No estaban más en el monte. Después lo supe: los mandaron a Boquerón. Allá se había armado otra grande y yo ya no le importaba a nadie.

En Aliguará mi abuelo se quedó aislado en un hoyo. No podía salir porque un francotirador lo tenía cubierto. Pasó cuatro días así. Sin agua.

Nos contaba el abuelo:

-Si estoy acá, Egiditos es por el Springfield. Me avisó, me dijo adónde tenía que apuntar. Yo no hacía más que dormir de pura debilidad. Pero me despertó una voz. Al principio no entendí, pensé que eran los bolivianos que se me venían encima. Agarré el fusil, que había quedado a medio tapar entre unos cardales, un poco por encima de mi cabeza al borde del hoyo. Lo sentí temblar y supe que el que me





hablaba era él.

-¡Ahí, en el urundai está el mauser. El tirador se debe haber quedado dormido. Apuntame a la mitad del tronco y tirá los cinco tiros de abajo hacia arriba cada diez centímetros.

Yo no me moví, atolondrado, medio muerto de sed, apretando ese temblor vivo que se me iba pasando a los brazos y al pecho como una corredera de hormigas.

-¡Infeliz! ¡A vos te hablo! ¡Levantame y tirá como te digo, carajo!

Obedecí. Los cinco tiros de la mitad del tronco del urundai para arriba cada diez centímetros. ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!

El mauser y el tirador cayeron casi juntos. Me quedé mirándolos. Pegaban vueltas de borracho cada vez que chocaban con una rama. El temblor del fusil se me había pasado al pecho y a los brazos.

-Ahora -me dijo más calmado- ya podemos replegarnos.

Cuando me lo colgué al hombro ya no temblaba más.

En el cuartel no podían creer que mi abuelo siguiera vivo. Lo miraban comer y tomar agua sin parar y sin sacarse el Springfield terciado a la espalda. Se aburrieron de preguntarle cómo habían sido las cosas porque él les contestaba desgano, con monosílabos.

-Cuando me quedé solo pensé en que nunca iba a poder contarle a nadie que un fusil me había salvado de un francotirador. Entonces a mi espalda el Springfield volvió a vibrar.

-¿Del francotirador? Del Mauser te salvé. Ese hijo de puta no me la iba a ganar.

El abuelo murió en esa misma pieza. Me pidió que cuide el fusil y luego dijo “vamos”. Pero ya le hablaba a mi padre, el segundo Egidio. Con él se fue.

Yo me quedé ahí, sentado junto al Springfield. Hasta que mi mamá entró y me apretó entre sus brazos.

© ALFREDO BENIALGO
alfbenialgo@gmail.com

